

**ida y vuelta,  
de la filosofía a la revolución**

**A**LGUNOS hemos venido siguiendo con atención, desde hace quince años, la evolución de los pensadores franceses agrupados en torno a «Les Temps Modernes» y otras publicaciones del mismo signo, es decir, vueltas hacia la Historia, más allá de los límites de la pura especulación filosófica. A través de su itinerario, desarrollado desde el existencialismo heideggeriano y la fenomenología de Husserl hasta el «compromiso», y expresado en multitud de trabajos que nos llegaban, en versión castellana, de la Argentina, nos ha sido posible, a lo largo de estos últimos lustros, tomar el débil pulso de una cultura en descenso y una ideología en descomposición, y conocer los esfuerzos de sus hombres más lúcidos por «superar la Filosofía, realizándola». Entre ellos se destacaba, junto con Sartre, Maurice Merleau-Ponty. El curso de los debates consigo mismo, de las contradicciones, las reflexiones y las decisiones radicales, de este profesor del Colegio de Francia, revisite, en la perspectiva de hoy, un patetismo singular. Ahora se publica en España, bajo el título de «Signos» (Seix-Barral), una colección de escritos y conferencias de diversa temática y distintas épocas que pueden servir para perfilar, con relativa exactitud solamente dado el carácter caótico de la selección, la ambigua posición de Merleau-Ponty. Muerto a los cincuenta y tres años, en un momento en que su pensamiento se hallaba en pleno reflujó, la obra que nos ha dejado no se configura armónicamente, y queda abierta, ya sin remedio.

**E**N su trabajo «Merleau-Ponty y la política», Ignacio Sotelo ha mostrado muy certidamente lo que separa a Merleau de Sartre: mientras éste trata de llegar a la «razón dialéctica» desde la práctica revolucionaria, el camino que elige el autor de «Humanismo y terrors» es el inverso. Lo que le importa es poseer previamente una filosofía «que conforme y dé sentido» a la praxis antes de lanzarse a ésta: operación que concluye, lógicamente, en un derrumbamiento, un retroceso, una frustración. Su biografía fundamenta e ilustra este proceso. Hijo de una familia burguesa, Merleau se deshace de sus creencias religiosas en el desarrollo de su formación, sin despojarse del idealismo filosófico en que esta formación le sumergía; pero pretende asentar su pensamiento sobre «lo concreto» y se adscribe al «ir a las cosas mismas» husserliano. El advenimiento de la guerra y la inmediata derrota le producen, como al resto de sus compañeros de generación, una honda conmoción, reflejo de la destrucción del orden establecido. «La derrota de 1940 —escribió— ha tenido para muchos el valor de una duda radical y la significación de una experiencia revolucionaria, porque ponía al desnudo los fundamentos contingentes de la legalidad, porque mostraba cómo se construye una nueva legalidad».

**M**IL novecientos cuarenta y tres constituye una fecha clave en la biografía de Merleau. Su vida cobra un nuevo sentido al adherirse a un grupo de la Resistencia, el C. N. E., de carácter socialista. El riesgo cotidiano, la convivencia con otros hombres, el maniqueísmo de la acción inmediata... Este ya no es el mundo de la conciencia, sino el de la Historia real. Pero Merleau, convertido en revolucionario, tendrá que hacer frente, en los años posteriores, a la contradicción que supone su empeño en mantenerse, sin trascender los límites de la fenomenología, en la filosofía de la «praxis» como única filosofía de la Historia posible. Para salvar esta contradicción buscará inútilmente la «tercera vía».

**D**ESPUES de la liberación, Merleau-Ponty funda con Sartre «Les Temps Modernes». J. P. S. evocará con emoción, en su «Merleau-Ponty vivante», esta etapa de estrecha colaboración entre ambos. Merleau insiste en su empeño de acercamiento a la «razón dialéctica», tratando de amalgamar con su existencialismo lo que en ella encuentra de esencial, estudiando la dialéctica misma. Discute con Hervé, con Garaudy, con el propio Lukács, al que encuentra en Ginebra en una de las «Rencontres Internationales». Su «engagement» no será nunca total y peligrará siempre que algún acontecimiento no pueda ser reducido y explicado dentro de sus particulares concepciones. La revelación del llamado «universo concentracionario», primero, y la guerra de Corea, poco después, decidirán definitivamente su dimisión del «proyecto revolucionario». Se apartará de «Les Temps Modernes», polemizará duramente con Sartre, «el ultravolchevique», en «Aventuras de la dialéctica», y regresará a un liberalismo radical, para el que ya no hay «violencias privilegiadas», ni la Historia tiene sentido. Se aliará con el «mendecismo» y, finalmente, retornará a la soledad que había presidido sus años juveniles. Su intento de hallar una «tercera vía» había resultado vano.

**C**AOTICO, como decíamos, «Signos» recoge un variomundo temático que, aunque fechado, difícilmente nos permite seguir el curso real de las reflexiones de Merleau-Ponty: sus trabajos sobre la fenomenología del lenguaje, las relaciones **SIGUE**

**¡Asegúrese...  
¡ Pronto llovera !**



**Abierto...  
grande y práctico**

**Plegado...  
pequeño, elegante  
y fácil de guardar**



**paraguas telescópico**

**un miembro de la familia Kniprs**

un **Lois** para cada ocasión\*



colores **AZUL\*** **BLANCO\*** **CAÑA\***



**Lois**

el auténtico  
pantalón tejano

presentado en ESPAÑA por CONFECCIONES

**SAEZ**

entre Filosofía y sociología, sus ensayos sobre Bergson y Maquiavelo, su conferencia «El hombre y la adversidad», no constituyen índices tan expresivos como «Humanismo y terror» y «Las aventuras de la dialéctica», que marcan los puntos culminantes de su vida de filósofo comprometido en la epraxis. Sin embargo, los artículos reproducidos en la parte final de esta colección tan diversa, que tratan de problemas políticos inmediatos y concretos, contribuyen a definir su última actitud cívica.

Ambiguo y contradictorio, el pensamiento de Merleau-Ponty tendrá que contar cuando se pretenda levantar testimonio de los esfuerzos realizados, más allá de la filosofía especulativa, para que no perezcán los valores positivos de una cultura en crisis.

EDUARDO G. RICO

### "alguien debe morir", de J. I. Martín Vigil

*J*OSE Luis Martín Vigil forma parte de esa generación de jóvenes sacerdotes que, imbuidos de un saludable espíritu crítico, tratan, por todos los medios, de transformar el conocido inmovilismo de cierta mentalidad típica española. Es también un escritor de dotes y vocación literaria acreditadas a lo largo de más de una decena de libros hasta ahora publicados, en su mayor parte novelas, cuya temática más característica es, de un lado, la injusticia social, y, de otro, la responsabilidad humana —insoslayable— ante aquélla.

La última novela de Martín Vigil, "Alguien debe morir" (Richard Grandío Editor, Oviedo, 1964), plantea un problema particularmente incitante: la licitud o no licitud de la pena de muerte. La tesis que se puede concluir del relato —muy explícita en el título— es la de que alguien debe morir para que un determinado sistema de intereses creados continúe vigente. Por lo mismo, "Alguien debe morir" es una llamada a la responsabilidad moral y a la justicia (a la justicia terrena, pues en la novela queda muy evidente, en varios pasajes, que apelar a una "última justicia del más allá" no puede considerarse, en ningún caso, como solución práctica, ni puede tampoco eximir a nadie de sus responsabilidades en la sociedad y el tiempo en que vive). Estas y otras muchas incitantes cuestiones se encuentran en "Alguien debe morir". Ni que decir tiene, pues, que se trata de una novela valiente y de un valor crítico y testimonial altamente estimable.

Hasta aquí, algo de lo que considero más positivo y acertado de la novela. Mencionaré ahora los que me parecen sus más graves fallos, y que acaso pudieran resumirse en uno solo: la calidad de la novela no está en proporción con lo importante de su problemática. Digo "calidad" en un sentido muy amplio, pues la narración está bien construida, hay algunas escenas muy logradas, algunos tipos han sido magníficamente trazados, etc. Ahora bien, vista en su conjunto, "Alguien debe morir" no deja en el lector —asi creo— esa honda emoción que en él dejan las grandes novelas. Entiendo que esto no obedece a que el tema sea corto. Lo que se queda corto es su desarrollo. La trama discurre a menudo por caminos muy trillados, hay escenas y personajes demasiado convencionales, en muchos momentos la lectura se hace difícil, por lo farragoso de esos momentos, determinados acontecimientos (el origen que desencadena la muerte de Lucas Paz y el final imprevisto y un poco de novela policíaca — cito estos dos ejemplos para quien haya leído el libro—) se separan bruscamente, por su ingenuidad y falta de realismo, de la tónica general de la novela. Por último, y aunque acaso ésta sea una consideración un tanto al margen, me pregunto si, a estas alturas, acaso no habría que ir más lejos? Es decir, acaso no habría que plantear el problema a través de un ejemplo en que, efectivamente, un delincuente común fuera autor de un crimen y, por ello, condenado a la última pena? Si se está contra la pena de muerte se debe estar —pienso yo— integralmente contra ella y no sólo porque en algunos casos se produzca o pueda producir un error en la máquina judicial.

Pero, como digo, ésta es cuestión al margen, ya que la muerte de un inocente, en "Alguien debe morir", forma parte sustancial de la intención y temática del relato. Con sus aciertos y sus fallos, supone esta novela un paso adelante en la trayectoria —una trayectoria literaria llena de esfuerzo y dedicación— de su autor.

FERNANDO MOLINERO



50.000

*ptas.*

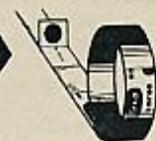
APRESÚRESE A LLEGAR AL FINAL!...



la verdadera cinta adhesiva transparente y en colores...

...pega por simple contacto lo indispensable y lo supérfluo.

Oculto en el eje de su **Fixo Kores** puede existir un pequeño disco de color que permanece invisible.



NO LO EXTRAVÍE!...

Su papelería tiene algo importante para usted a cambio de esta minúscula etiqueta.